

SÍGUEME...

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida” Juan 14,6



Ángel Rodríguez Cabrera

INTRODUCCIÓN

El que tiene un encuentro personal con Jesucristo llega a conocerlo en la inmensidad de su amor, misericordia, omnipotencia, sabiduría, paz, bondad, consuelo, fortaleza, etc., que lo impulsa a tener un cambio de vida, tratando de imitarlo en su actuar, en sus criterios y valores, transformándose así en discípulo y testigo suyo, como sucedió con sus apóstoles y seguidores allá en Palestina, y también con mi persona como les di a conocer en el libro ¿Dónde hallar a Dios?.

Es en el servicio al que me llamó el Señor donde he llegado a comprobar que nadie ama lo que no conoce, y que nadie puede amar a Jesús si no hay quien se lo anuncie o presente, por ello es necesario darlo a conocer o comunicarlo para que sea más amado e imitado, tal como se nos exige en **2 Tm 4,2** : **“predica la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, rebatiendo, aconsejando, siempre con paciencia y dejando una doctrina”**.

Tratando de cumplir este mandato he preparado el presente documento, basado en la Palabra de Dios, que espero pueda ser útil como un instrumento de apoyo en la formación espiritual de los bautizados de nuestra Iglesia Católica, y que todo redunde para gloria para Nuestro Señor.

El documento consta de dos partes: La primera denominada **CONOCE MÁS A JESÚS** consta de un conjunto de reflexiones que presentan a Jesús como el Amigo, el Camino, la Luz, el Milagro del Amor, y de cómo uniéndonos a Él nos convertimos en sus amigos, discípulos, y hermanos por ser hijos de un mismo Padre. De esta manera, buscamos conocer las diversas facetas de Jesús, para que conociéndolo más, aprendemos a amarlo más, y también presentarlo o comunicarlo a los demás.

En la segunda parte llamada **FORTALECE TU FE, AMOR Y ESPERANZA** contiene diversos temas que nos prepararán para caminar firmes en el camino de Dios como el celo por su Palabra, la oración y

alabanza, el dogma de la Virgen María, la acción del Espíritu Santo, el mandamiento del amor, las obras de misericordia, y la fe.

Deseo que el Espíritu de Cristo ilumine con su sabiduría, poder y dones a todos aquellos que leen las reflexiones contenidas en este documento, para que la Buena Semilla contenida en la Palabra de Dios dé excelentes frutos.

Finalmente dedico con amor y gratitud este escrito a mi familia, a mis amigos y hermanos espirituales que me animan y motivan para seguir escribiendo y dando a conocer a Jesucristo como nuestro Señor y Salvador.

Trujillo, 18 de Octubre del 2011

Ángel Rodríguez Cabrera

CONOCE MÁS

A JESÚS

EL AMIGO INCONDICIONAL

“...y son ustedes mis amigos si cumplen lo que les mando” Jn 15,14

Bien dice la Biblia que: “el que encuentra un amigo halla un tesoro”, por cuanto encontrar un amigo que te sea fiel y nunca te falle es una tarea difícil; sin embargo hoy te tengo una gran noticia, ya no tienes que buscar, porque muy cerca de ti está ese amigo incondicional que ansiabas encontrar, y su nombre es **Jesucristo**.

Él es el único amigo verdadero y fiel, porque no excluye a nadie, ama a todos sin excepción. Su amor se manifiesta en toda circunstancia tanto en las buenas como en las malas; siempre juega limpio, nunca busca tu caída, jamás te abandona, te olvida ni traiciona; se mantiene a tu lado aunque no te quieras dejar amar, espera paciente hasta que te decidas abrirle las puertas de tu corazón.

Jesús está dispuesto para atenderte, en cualquier momento, lugar o circunstancia, nunca está ocupado para ti ni te deja esperando, acude pronto a tu llamado, y al ayudarte a resolver tus problemas lo hace de la mejor manera, aunque a veces a ti no te parezca.

Jesús es el misericordioso y maravilloso Dios, que por amor quiso hacerse el más pequeño, se hizo hombre para experimentar todas sus necesidades y debilidades, menos en el pecado, y por su humildad nació en un pesebre.

Él es el amigo que ama a todos: a los que lo aman, a los que no lo aman, a los que no se dejan amar; ama a sus amigos (los que hacen la voluntad del Padre), y a sus enemigos y perseguidores. Amó a sus padres, a sus discípulos, a los fariseos, a los saduceos, a los romanos, a todos los judíos aunque muchos no le quisieron corresponder.

Por aquellos que nos apartamos de su camino, Jesús ofreció su propia

vida para redimirnos, guiado por su extremo amor a nosotros, como nos asegura en **Jn 15,13: “No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos”**; y más aún, en los últimos momentos de su vida como hombre, crucificado en la Cruz, dando muestras de su amor por su enemigos y perseguidores exclamó: **“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”**.

Jesús que ya lo dio todo por ti, hasta la última gota de su preciosa sangre, ahora está esperando que te dejes amar por Él, que regreses a su camino a través del cual alcanzarás la salvación, y recuerda que el amor que te ofrece es sin condiciones, gratuito, fiel y para toda la eternidad, porque tu amigo incondicional desea lo mejor para tu persona.

¡Llámallo y Él vendrá pronto en tu auxilio!

EL CAMINO AL PADRE

“Yo soy el camino, la verdad y la vida, nadie va al Padre sino por mí”
Jn 14,6

Nuestro Señor Jesús es el camino a la plenitud del amor y misericordia, es el camino a la felicidad, es el camino a la paz y justicia, es el camino a la santidad, es el camino a la salvación que nos lleva a la Patria celestial, y a la presencia de Dios Padre. Sólo a través de Él accederemos al Padre porque es el único intercesor válido entre Dios y los hombres.

El camino que representa Jesús es angosto y difícil, para transitarlo el Señor nos da la fortaleza, la fe y el valor, invitándonos a seguirlo e imitarlo, viviendo siempre haciendo el bien para agradar a nuestro Padre.

El que sigue el camino de Jesús puede conocerlo e intimar tanto con él, que alcanza a conocer la verdad plena del misterio del Amor como Dios

Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu, y también, podrá alcanzar la vida eterna en la que no habrá dolor ni llantos.

Todos tenemos acceso al Camino, la Verdad y a la Vida nueva, si cumplimos con nuestros deberes que nos corresponde como hijos de Dios, haciendo realidad el mandamiento del amor que nuestro Señor nos enseñó en su ministerio.

El Dios hecho hombre, Jesucristo el Emmanuel es el único camino a través del cual alcanzaremos la salvación plena de nuestros pecados, porque solo a Él se le ha dado ese poder como se figura en **Hch 4,12: "No hay salvación en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres ningún otro Nombre por el que debamos ser salvados"**.

No te extravíes ni te pierdas de camino y sigue firme en tu fe con el Buen Pastor que te conducirá a verdes pastos y aguas limpias y tranquilas.

LA LUZ DEL MUNDO

"Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que crea en mí no permanezca en las tinieblas" Jn 12,46

Jesucristo es la Luz que el mundo requiere para que nadie viva en las tinieblas; todo aquel que cree en Él y lo sigue no caminará en tinieblas, por el contrario tendrá luz y vida en abundancia.

Quien va tras los pasos de Jesús, al recibir su luz también se transforma en un ser que irradia luz y una vida nueva que lo aleja de las tinieblas del pecado, del temor, de la ceguera, del peligro de las caídas o del peligro de hacerse daño.

Como vivimos a su amparo, el Maestro nos invita a ser luz y sal del mundo, a ejemplo de él para iluminar con nuestro testimonio de vida a los demás, para evitar que otros tropiecen, y para ayudar a sazonar los diversos sinsabores que *tendremos que vivir. Solo siendo luz y sal seremos útiles*, sino nos perderemos en el olvido y el suplicio eterno.

Viviendo en la Luz, con la Luz y por la Luz seremos claros, transparentes y lograremos una vida en abundancia para transmitirla a los que nos rodean, a fin de que también experimenten el calor, el fuego y la pasión por el amor de Dios.

Alumbrar el camino de los demás no es una tarea fácil, pero es posible con la ayuda del Señor, que desea que toda la gente lleve encendida su luz, para que el mundo entero se ilumine, y las sombras desaparezcan.

Seamos luz para los demás, portémonos con hijos de la luz con “bondad, con justicia y según la verdad, pues éstos son los frutos de la luz” (Ef 5,8-10), porque solo así estarás agradando a nuestro Señor.

EL MILAGRO DE LA EUCARISTÍA

“El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él”
Jn 6,56

La Eucaristía, según Juan Pablo II es la fuente, cima y centro de la vida cristiana. Es el culmen de la iniciación cristiana.

Es el Sacramento del Amor de Dios, el verdadero banquete en el cual Cristo se ofrece como alimento, como lo repetía ante sus asombrados oyentes en **Jn 6,55 : “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.”**

La Eucaristía es el milagro del Amor; es el amor en su extremo, en dónde Jesús realiza lo imposible: Va al encuentro con su Padre porque su hora había llegado, y, al mismo tiempo, se queda con nosotros a perpetuidad en las especies del pan y el vino que consagrados en el Altar constituyen su Sangre, su Cuerpo, su Alma y su Divinidad.

Participar en este Sacramento es un mandato que nos dejó el Señor cuando dijo: **“Hagan esto es conmemoración mía”**, y a través de él nos unimos a Cristo que nos impulsa a vivir su amor ofreciendo un servicio, tal como ocurrió con nuestra Madre María, que al recibir a Jesús en su seno por obra del Espíritu Santo, inmediatamente fue a servir a su prima Isabel.

La Eucaristía es un misterio de fe, misterio que supera nuestro pensamiento y que puede ser acogido sólo en la fe, como nos recuerdan las catequesis sobre este divino Sacramento. San Cirilo de Jerusalén nos advierte: **“No veas en el pan y en el vino meros y naturales elementos, porque el Señor ha dicho expresamente que son su Cuerpo y su Sangre: la fe te lo asegura, aunque los sentidos te sugieran otra cosa”**.

Durante la celebración de la Eucaristía debemos participar activamente cantando, orando, escuchando con atención la Palabra de Dios y la homilía del sacerdote, porque a través de ellas Dios nos habla y espera nuestra respuesta; preparémonos bien para recibir el Cuerpo y Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y demos gracias a Dios por ese don tan especial que nos regala.

La Eucaristía es Luz, en la Palabra de Dios encontramos el pasaje de Lc 24,30-31 donde Él, el Señor Resucitado abre la mente y el corazón y se deja reconocer por dos discípulos de Emaús “al partir el pan”.

Si reconocemos a Jesús en la Eucaristía y lo recibimos dignamente seremos colmados de múltiples gracias y frutos como:

La unidad, pues los que reciben este sacramento se unen entre sí en un solo cuerpo: La Iglesia, cuya Cabeza es Cristo.

La gracia divina, al recibir la Eucaristía nos transformamos en sagrarios vivos. Jesús está presente en nuestras almas de manera real.

La protección recibiendo el Cuerpo de Cristo nos alejamos y preservamos del pecado, pues cuanto más nos unimos a Él más difícil será romper nuestra amistad.

El compromiso al recibir el Cuerpo y Sangre de Cristo fortalecemos nuestra caridad y amor por el prójimo, mediante el servicio.

La Eucaristía también nos santifica, fortalece, sana y libera de las enfermedades, los miedos y las angustias. Existen miles de milagros que se han producido por obra de Jesús en la Eucaristía.

Nuestro Salvador te invita a visitarlo en su Sagrario donde se quedó con nosotros hasta el fin del mundo, y a participar de su Banquete Eucarístico, estar unido con y en Él, recibiendo con humildad, fe y amor su Cuerpo, Alma y Divinidad para conseguir sus gracias y bendiciones.

TODO LO PUEDO CON ÉL

“Todo lo puedo en Aquel que me fortalece” Flp 4,13

Aquel que es Jesús, es nuestra Roca, nuestro Escudo, nuestro Baluarte, nuestro Refugio, nuestra Fortaleza que siempre está en y con nosotros, por ese motivo es que Pablo afirma con fe que todo lo podrá con el Señor que le proporciona la seguridad, la tranquilidad y la fuerza para vivir y servir.

Si atraviesas momentos de crisis, soledad, angustia, tristeza, desánimo o preocupación solo te queda aferrarte a Jesús el Amigo, que no te abandona, que está contigo para abrazarte, hablarte, consolarte, levantarte y

curar tus heridas; y también para saciar y calmar tu sed de amor.

En el caso que te toque pasar por pruebas como enfermedades, dolores y sufrimientos físicos y espirituales acércate a Jesús para ofrecerle tus cargas y debilidades a fin de ser purificado y recibir su gracia, misericordia y fuerza que te anime y restablezca.

Igualmente en los momentos de alegría, de gozo y de jolgorio, el Maestro te acompaña porque desea lo mejor para sus amigos; espera que vivas la felicidad eterna con su fuerza divina, haciendo la voluntad del Padre y cumpliendo el mandamiento del amor que Él nos ordenó.

Si tienes que cumplir con un trabajo, un servicio o una misión, aunque te parezca muy simple, o complicado debes estar convencido que Jesús está contigo y que podrás hacerlo, sabiendo que solo buscas la gloria para Dios y Él que es bueno te dará la luz, la sabiduría, el discernimiento y los dones que necesitas para hacer un excelente trabajo, porque al Señor siempre se le ofrece lo mejor.

Te invito a comunicarte con nuestro Señor Jesús, mediante la siguiente oración :

En la angustia y la tristeza...todo lo puedo en Jesús que me consuela.

En el dolor y la enfermedad...todo lo puedo en Jesús que me sostiene.

En la soledad y el temor...todo lo puedo en Jesús que me acompaña.

En el pecado y la caída...todo lo puedo en Jesús que me perdona.

En la indecisión y la duda...todo lo puedo en Jesús que me ilumina.

En las dificultades y problemas...todo lo puedo en Jesús que me asiste.

En la sed y el hambre...todo lo puedo en Jesús que me provee.

En el trabajo y el servicio...todo lo puedo en Jesús que me dirige.

En la oración y la alabanza...todo lo puedo en Jesús que me bendice.

En la lectura y reflexión de su palabra...todo lo puedo en Jesús que me guía.

En la penitencia y Eucaristía...todo lo puedo en Jesús que vive en mí.

En la vida diaria...todo lo puedo en Jesús que me renueva.

El Señor nos da la fuerza para todo, por eso nos unimos a Pablo y repetimos con él lo que escribe en **2 Co 12,10** :”...**acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues, si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte**”.

Esa fortaleza, seguridad y valentía proviene de la presencia del Espíritu de Jesús en nuestro corazón, y que se proyecta a nuestro servicio, nuestra vida, nuestra familia y a nuestra comunidad.

LA UNIÓN CON JESÚS

“Que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti. Que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado” Jn 17,21

Jesús el amigo incondicional que te ama al extremo, intercede ante el Padre no solo por sus apóstoles y discípulos sino también por los que llegamos a creer en Él por la proclamación de su Palabra, para que alcancemos la comunión y unión perfecta con Él y el Padre.

La oración que aparece al inicio de esta reflexión, es la que Jesús hace por ti, por mí, y por todos nosotros que creemos en Jesucristo como nuestro

Señor y Salvador en mérito a su Palabra proclamada.

Jesús desea que nos mantengamos siempre unidos, tal como Él está unido al Padre, porque Él es la vid verdadera y nosotros las ramas, si nos separamos de la vid nos secaremos y no daremos fruto; sino estamos unidos a Él nada podemos hacer.

Esa unidad que nos propone nuestro Mesías sólo se mantiene si vivimos poniendo en práctica el amor que nos enseñó, el cual nos permite reconocer al prójimo como hermano por tener un mismo Padre: Dios, ese amor nos hace que vivamos en armonía, en paz, con respeto mutuo, aceptándonos tal como somos, sin hablar mal de los demás, sin hacer gestos, miradas o decir palabras que humillen o insulten a otros.

Nuestro Redentor en diversos pasajes bíblicos nos reitera que el que lo ama deberá cumplir con sus mandamientos, siendo el principal amarnos los unos a los otros como Él nos amó, es decir hasta el sacrificio o la muerte.

Y también nos prometió que si cumplimos con ese mandamiento vendría con su Padre para hacer su morada en cada uno de nosotros, lo cual sabemos con certeza que se concretará porque Jesús nunca miente, dado que es la Verdad.

LOS AMIGOS DEL NOVIO

“Es el novio quien tiene a la novia; el amigo del novio está a su lado y hace lo que él le dice y se alegra con sólo oír la voz del novio” Jn 3,29

En este texto aparece la respuesta que el Profeta Juan Bautista da a sus discípulos, quedando claro que Jesucristo es el Novio, y que en consecuencia los amigos del novio somos aquellos que lo conocemos y permanecemos

fieles, haciendo su voluntad y escuchando con alegría su Palabra.

Los amigos del novio somos todos aquellos que cumplimos con lo que Él nos manda, damos fruto permanente como los árboles sembrados a la orilla del río, permanecemos a su lado y nos llenamos de gozo al escuchar su Palabra porque ella es **“antorcha de mis pasos y luz en mi camino” Sal 118,105.**

Los amigos del novio, que somos nosotros, tenemos una misión que cumplir, como aparece en Gn 24,1-66, que nos detalla el encargo o misión que da **Abrahán** a su sirviente **Eliezer** para encontrar novia para su hijo **Isaac**. Conviene aclarar que en la cultura judía se llamaba amigo del novio al sirviente más fiel y antiguo de una casa que debía encontrar novia para su amo, y que cuando cumplía con el encargo, dejaba la condición de esclavo y asumía el cargo de administrador.

Del análisis de los versos del 1 al 9 del libro antes citado, podemos establecer que el amigo del novio tiene que ser fiel, perseverante y aceptar la misión o servicio que se le encomienda.

Entre los versos 10 al 21 encontramos que el amigo del novio debe prepararse llevando lo mejor y orar a Dios para poder cumplir mejor su misión.

De los versos 22 al 49 determinamos que la misión del amigo del novio es mostrar las riquezas del Señor, esto es el tesoro que es el mismo Jesús, testificando sobre todo lo que sabe de su Señor, que posee y que nos ofrece en la búsqueda de una novia para la boda del Hijo.

Entre los versos 50 al 66 concluimos que el amigo del novio cumple con su misión presentando a la novia a su Señor y da gracias a Dios por el cumplimiento de su servicio.

Si nos consideramos amigos del novio, es decir sirvientes de Jesús tenemos que:

*Ser fieles y perseverantes.

*Aceptar el servicio o misión que se nos encomienda.

*Prepararnos para un buen servicio.

*Dar testimonio de la obra de Jesús, mostrando sus tesoros.

*Llevar a la novia (hermano (a) que no conoce a Jesús) hasta la presencia del Señor en un grupo o comunidad laical.

LOS DISCÍPULOS DE JESÚS

“Ustedes no me escogieron a mí. Soy yo quien los escogí a ustedes y los he puesto para que vayan y produzcan fruto, y ese fruto permanezca...”
Jn 15,16

Hemos conocido que Jesús es el amigo incondicional, que es el Camino, que es la Luz que ilumina nuestros pasos, que es el “Milagro del Amor”, que es el Novio, y que sólo estando unidos a Él todo lo podremos.

Ahora nuestro Señor nos da a conocer que Él nos ha elegido, que nos ha escogido de entre los demás porque nos ama, y espera que nos pongamos manos a la obra para producir abundantes y permanentes frutos; quiere que seamos sus discípulos.

Los discípulos de Jesús son aquellos que se ponen a sus pies, como hizo María la hermana de Lázaro, para escuchar con respeto y atención su Palabra. Precisamente, es el mismo Maestro quien nos establece las tres condiciones que deben cumplir sus discípulos :

***EL AMOR** : “Ustedes deben amarse unos a otros como yo los he amado. En esto reconocerán todos que son mis discípulos: en que se aman unos a otros” (Jn 13,34-35). Jesús nos ordena amarnos con un amor idéntico

al suyo, es decir un amor puro, desinteresado, total, sin distinciones y llegando incluso hasta el sacrificio, reconociéndonos que somos hermanos.

***LA RENUNCIA** : “Si alguno quiere seguirme que se niegue a sí mismo, que cargue su cruz y que me siga” (Lc 9,23) . Nuestro Señor nos quiere libre de apegos, de ataduras o dependencias; espera que renunciemos a nuestros intereses, deseos, caprichos, ambiciones, proyectos, que nos pongamos enteramente a su disposición, y que aceptemos su voluntad llevando nuestra cruz con alegría.

***LA MISIÓN** : “Vayan por todo el mundo y anuncien la Buena Nueva a toda la creación”. “Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos...” (Mc 16,15; Mt 28,19). Los discípulos del Señor tienen la importante misión de anunciar la Palabra de Dios, proclamando a los demás a Jesús como el Señor y Salvador, invitándoles a una conversión de vida y enseñando con el testimonio lo que se ha recibido.

El Señor que nos ha elegido para esta gran misión, exige de cada uno de nosotros algunas condiciones fundamentales, para un mejor trabajo, tales como :

Un servicio total , pleno, íntegro, no a medias ni por partes porque el Señor te acepta frío o caliente; pero si eres tibio te vomitará. La disyuntiva es clara: o los servimos a Él o servimos a los demás; o estamos con Él o estamos contra él.

En el cumplimiento de este servicio nuestro Maestro espera de nosotros: puntualidad, diligencia, perseverancia, respeto a los demás, humildad y atención de nuestros sentidos.

Un servicio permanente, al comprometernos con nuestro Señor sabemos que será desde el inicio hasta el final, porque no podemos quedarnos por el camino dado que perjudicaremos no solo a nosotros sino también a los hermanos que deseamos llevar hasta Jesús.

Recordemos que Él nos decía “el que pone la mano en el arado y mira

atrás ese no vale para ser mi discípulo”

Si te decides a ser discípulo de Maestro sólo tienes que seguir sus pasos por el Camino que es de Verdad y Vida, y llevar en tu equipaje la Palabra de Dios, la Oración, el Amor, la Fe, la Paz y la Justicia. Si algo faltase no te preocupes el Espíritu Santo te proveerá con su gracia, sabiduría y poder.

JESÚS NOS LLAMA

“Sígueme, que yo los haré pescadores de hombres” Mc 1,17

En el Evangelio de Marcos 1, 14-20 encontramos el llamado que nuestro Señor hace a sus primeros discípulos, y que también es para nosotros. En este pasaje distinguimos dos mensajes principales.

Entre los versos 14 y 15, el primer mensaje central es la **Buena Noticia del Reino de Dios**. Jesús el Mesías, que significa el “rey ungido de Dios” empieza su misión, continuando la labor del Profeta Juan Bautista anunciando la Buena Noticia de Dios, predicando que se había cumplido el plazo, que ya había llegado el momento que todos esperaban, y que el Reino de Dios está cerca; invitándonos a convertirnos y creer en el evangelio para alcanzar ese reino.

El reino de Dios es el espacio donde nuestro Creador actúa soberanamente con su poder, gloria y santidad, y en donde rige el amor, la justicia, la paz, la verdad y la felicidad eterna.

Convertirnos es un proceso diario, continuo y difícil, que nos lleva a un verdadero arrepentimiento, un cambio de vida, un alejamiento del pecado y volver nuestra mirada a Jesús, creyendo en él y reconociéndolo como el

Señor y Salvador de nuestra vida en todas sus áreas.

El segundo mensaje es el **llamado de Jesús** y lo encontramos entre los versos 16 al 20. Es el Salvador quien nos ve primero, porque nosotros siempre andamos muy ocupados, atrapados por las redes del trabajo, de la familia, del pecado, de los problemas, de la comodidad, de la televisión, de los temores. Y luego que nos ve nos invita a seguirlo, renunciando a todo aquello que no agrada a Dios, conociendo que con el Señor todo es ganancia por Él es nuestro tesoro escondido o perla preciosa, por lo que debemos dejar todo lo demás.

Si escuchamos su llamado y aceptamos seguirle, el Maestro nos prepara y nos dota de los dones y capacidades necesarias para cumplir con la misión que tenemos en el Plan de Dios. La misión que nuestro Señor nos encomienda es personal, nadie puede hacerlo por ti; si no lo haces se quedará sin hacer.

Sigamos los ejemplos de Pedro, Andrés, Santiago y Juan que con rapidez escucharon el llamado de Jesús y lo dejaron todo para seguirlo. Dejemos a un lado el egoísmo, la indiferencia, los apegos y los temores, y escuchemos con prontitud el llamado amoroso que Jesús nos hace para convertirnos, para seguir creyendo en su Palabra, así como para poner los dones que hemos recibido al servicio de todos los demás, como expresión de amor.

Ten presente que Jesús llama a los humildes, a los sencillos, a los más pequeños para que en ellos se glorifique la obra de Dios.

LOS HIJOS DE DIOS

“Ustedes son ahora sus hijos; por esta razón Dios mandó a nuestros corazones el Espíritu de su propio Hijo que clama al Padre : ¡Abba! o sea

¡Papito! Ga 4,6

Dios es nuestro Padre y Creador. El hizo, hace y hará todo perfecto. Desde el inicio de su creación vio que todo lo que hacía era bueno, por ello quiso crear su obra suprema al final: el hombre.

Somos obra de su divinas manos, su creación **“...Yavé formó al hombre con polvo de la tierra, y sopló en sus narices aliento de vida, y existió el hombre con aliento y vida” Gn 2,7** , y en consecuencia sus hijos amados. Aún el más pequeño de los hombres es el más grande ante los ojos de Dios, nuestro Padre, porque en ellos tiene puesta especialmente su mirada.

Tenemos un gran valor ante los ojos de Dios porque somos su máxima creación, nos hizo a su imagen y semejanza, y su amor es tan grande que nos envió a su único Hijo para salvarnos.

Como somos muy valiosos para nuestro Padre el nos cuida siempre y nos proporciona todo lo que necesitamos para vivir: el aire, el sol, el agua, los alimentos, el vestido, el trabajo, una familia, el amor, la bondad, la paz, etc. Todo proviene de Él.

Desde que Dios creó al hombre le concedió la potestad para administrar su creación y utilizarla racionalmente para su supervivencia (plantas, frutos, aves, peces, etc.).

Nuestro Padre y Creador siempre ha estado pendiente de nuestras necesidades, como sucedió cuando los israelitas padecían hambre y sed en el desierto durante su peregrinaje a la liberación, y ante sus clamores y súplicas les envió codornices, maná y abundante agua.

Jesús es quien reveló el misterio del amor de Dios a los hombres, y por Él conocimos que ese amor es eterno, gratuito, incondicional y fiel.

En la prueba (enfermedad, tristeza, soledad, angustia, desgracia, etc.) no debemos angustiarnos porque nuestro Padre no nos dejará solos, todo lo contrario estará a nuestro lado amándonos, cuidándonos, hablándonos y abrazándonos a *través* de Jesús y su Santo Espíritu.

Demos gracias a Dios por habernos creado, hecho sus hijos y además nombrarnos herederos de su Reino, vivamos su amor con nuestra familia y nuestro prójimo haciendo siempre el bien como verdaderos hijos de Dios.

¡Qué alegría de ser hijos de Dios y tener derecho a su reino!

LA PALABRA DE DIOS

“La hierba se seca y la flor se marchita, más la Palabra de nuestro Dios permanece para siempre” Is 40,8

La Palabra de Dios o el Verbo, que no es sino el mismo Jesucristo tiene vida eterna como leemos en **Jn 1,1** **“En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba frente a Dios, y la Palabra era Dios.”** Está contenida en las Sagradas Escrituras, Biblia o la Santa Palabra, en donde Dios revela la inmensidad de su Amor y su Sabiduría para los hombres.

La Palabra de Dios es eterna porque tiene vida, es eficaz y su origen es divino; pasarán los años sin embargo la Palabra se mantendrá inalterable, siempre dispuesta a iluminar, a transformar, bendecir, a enseñar, a alimentar, a restaurar, a sanar y a liberar a todos aquellos que la reciben en su corazón.

Toda la creación de Dios: el hombre, la vida animal y vegetal tienen una duración temporal, a veces hasta que se envejece, se marchita y muere como somos testigos, mientras que la Palabra del Señor se mantiene firme, segura como nos recalca el Sal 118, 89: **“Tu Palabra, Señor, es para siempre inmutable en los cielos”.**

En el libro de Sabiduría 6,11-18 el Señor nos invita a buscar su Palabra

con avidez para instruirnos, para observarla y amarla, a fin de asegurarnos la vida que no perece que nos acerca a Dios.

Lee, medita o reflexiona diariamente la Palabra de Dios, según el Calendario Litúrgico, con humildad, respeto, devoción y fe, para que ella ilumine tu vida, tu familia, tu trabajo, y tu servicio.

Ten presente que cuanto más conozcas la Palabra de Dios más conocerás a Jesús y aprenderás a amarlo más, porque nadie ama lo que no conoce. Y sólo conociendo y amando a Jesús lo podrás anunciar a los demás.

FORTALECE

TU FE,

AMOR, Y

ESPERANZA

EL CELO POR EL EVANGELIO

“...¡Pobre de mí si no proclamo el Evangelio!” I Co 9,16

El celo por el evangelio es el fuego permanente e implacable que se apodera del corazón, y que busca incendiar a los demás, después de haber tenido un encuentro personal con Jesús en nuestra vida.

Este sentimiento se debe convertir en una pasión y una necesaria obsesión para anunciar la persona, la vida y las enseñanzas de Jesucristo como único y auténtico Salvador, a través de la palabra, las obras y el testimonio de vida.

Pablo nos hace reflexionar de la importancia de proclamar la Palabra de Dios a los que no la conocen, mediante diversas preguntas en Rm 10, 13-17 : ¿Cómo invocar el nombre del Señor sin haber creído en él?, ¿Cómo creer en él sin haber oído hablar de él?, ¿Cómo oír hablar de él si no hay nadie que lo proclame?, ¿Cómo proclamar al Señor si nadie es enviado?.

Es nuestra obligación proclamar a los demás el mensaje cristiano de un Jesús vivo, muerto, resucitado y glorificado para que mediante la fe nacida de esa proclamación, se consiga la salvación.

No seamos egoístas con nuestros hermanos que no conocen a Jesús, por el contrario guiados por ese amor que fluye de Él, brindémosle la misma oportunidad que tuvimos nosotros y conduzcámosle ante su presencia para que también reciban su misericordia, gracia y bendiciones, porque esa la voluntad de Dios.

EL QUE ESCUCHA LA PALABRA

“Instrúyanse pues por medio de mis palabras, y con ello obtendrán beneficios” Sab 6,2

Aquel que escucha la Palabra de Dios da abundante fruto, es como el sabio que construye su casa sobre la Roca que es nuestro Señor, y nada ni nadie le podrá hacer daño porque está fortalecido con la presencia de Dios en su vida.

Bien decía el Apóstol Santiago en su Carta 1,22 que si tenemos ocasión de escuchar la Palabra de Dios y no la ponemos en práctica nos engañamos nosotros mismos y de nada nos servirá.

Si ya conocemos la Palabra, pero vivimos y actuamos en forma contraria a ella; si no hay coherencia entre lo que predicamos y lo que vivimos nos estamos engañando a sí mismos.

El que escucha la Palabra alcanza a conocer más íntimamente al Señor Jesús y trata de imitarlo en las cualidades de amor, misericordia, paz, unidad, justicia, bondad; pudiendo llegar incluso a tener sus mismos sentimientos, deseos y valores.

Del mismo modo, el que escucha la Palabra tiene plena confianza en Dios porque sabe que siempre habla la verdad y que su fidelidad es eterna. El hombre que confía en Dios sabe darle gracias cuando está bien; sabe alabarlo cuando está en dificultades, y sabe bendecirlo cuando está enfermo o triste, porque tiene la seguridad que sólo de Él recibirá la paz, el consuelo, la fortaleza, la fe y gozo que necesita.

Escuchemos y pongamos en práctica la Palabra del Señor a fin de agradecerle, hacer su voluntad y como una demostración por su amor recibido, pues todo es en beneficio nuestro, como nos lo recuerda nuestro Creador: “Yo soy tu Dios y te enseño lo que te es provechoso, indicándote el camino que debes seguir” (Is 48,17).

LA OBEDIENCIA A DIOS

“Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres” He 5,29

El primer mandamiento establece que debemos amar a Dios sobre todas las cosas, esto implica que el Señor es y debe ser siempre el primero en toda circunstancia, por ese mismo fundamento resulta más conveniente obedecer a Dios antes que a los hombres.

En nuestra vida familiar, laboral, comunitaria o pastoral tenemos que establecer prioridades; de tal manera que cumplamos primero con las cosas del Señor, y después con las nuestras, de esa manera Dios nos bendecirá y facilitará lo que tengamos que hacer.

Si el responsable de tu comunidad te designa para participar en una misión, una jornada o una celebración eucarística, y tu novio (a), te invita a salir o tu esposo te ordena preparar una comida para sus amigos; ahí debes discernir a quien debes obedecer o escuchar. En cualquier caso se requiere de un diálogo franco y abierto.

Es de Dios de quien recibimos todo, en consecuencia como acción de gracias se hace necesario obedecer su llamado, escuchar su Palabra antes que la de los hombres.

Además, es mejor confiar y obedecer a Dios antes que a los hombres, porque sólo nuestro Señor es misericordioso, bueno y eterno en su amor y fidelidad, mientras que el hombre es pasajero como las flores del campo que al poco tiempo se marchitan y desaparecen.

Seamos obedientes a Dios y confiemos plenamente en su bondad porque siendo nuestro Padre, amigo y confidente va a disponer en cada situación lo mejor para cada uno, dado que amándonos al extremo siempre busca darnos lo que más nos conviene tanto individual como familiarmente.

LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA

Este es un hermoso tema para los católicos; aunque es uno de los más combatidos por los sectas protestantes, que con mentiras y falsas interpretaciones de la Palabra de Dios denigran a María madre de Jesucristo y nuestra.

Los católicos proclamamos la Perpetua Virginidad de María teniendo como fundamentos a Dios que es en esencia Luz y Verdad; la Biblia que contiene la Palabra de Dios que es Verdad; y el Sínodo de Letrán (649) presidido por el Papa Martín I que aprobó el dogma que María “es Virgen antes, durante y después del parto”

VIRGEN ANTES DEL PARTO

En Isaías 7,14, se profetiza 800 años antes el nacimiento de Jesús, y refiriéndose a María señala que el “Señor mismo les va dar una señal: La joven (virgen) está encinta y va a tener un hijo, al que pondrá por nombre Emmanuel”

María la llena de gracia, había sido elegida por Dios libre de mancha e inmaculada en un acto de fe perfecta y único en la historia, para recibir en su seno a la Palabra única y eterna del Padre.

En Lucas 1,34 ante el anuncio del ángel que iba a concebir un hijo, María exclama sorprendida: ¿Cómo puede ser eso, si yo soy virgen?; lo cual corrobora el texto de Mateo 1,18: “Este fue el principio de Jesucristo: María, su madre, estaba comprometida con José; pero antes de que vivieran juntos, quedó embarazada por obra del Espíritu Santo”.

VIRGEN DURANTE EL PARTO

Si la concepción de Jesús en el seno de María fue un acto prodigioso, maravilloso y prueba del poder de Dios, por obra del Espíritu Santo ; su

nacimiento ocurrió en condiciones similares, como se puede deducir de la lectura de Lucas 2,6-19 en donde María asume un papel activo, inmediatamente al nacimiento de Jesús lo envuelve en pañales, lo acuesta en el pesebre y recibe la visita de los pastores; y todo esto además contando con la presencia de ángeles, coros celestiales, estrella luminosa y ofrendas.

El nacimiento de Jesús se produjo sin lesionar la carne de su Madre María, como un rayo de luz atraviesa un cristal, como leemos en Mateo 1,22-23 :”Todo sucedió para que se cumpliera lo que había dicho el Señor por boca del profeta. La virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”. Si conocemos que el Evangelio de Mateo se publicó en el año 80 d.C., era de esperarse que si esta profecía no se hubiera cumplido, no se hubiera escrito en el evangelio, porque la Palabra de Dios siempre expresa la verdad.

VIRGEN DESPUÉS DEL PARTO

¿Cómo podría María después de haber sido amada en forma tan especial y visitada por Dios para que en ella se realice su Alianza definitiva con los hombres, volver hacia atrás y darse al amor humano (José), un perfecto servidor de Dios?

De la lectura de diversos pasajes bíblicos comprobamos que María fue ejemplo de virtud, amor, obediencia, servicio y llena del Espíritu Santo, a la que todas las generaciones la llamarán Bienaventurada; siempre fue agradable a los ojos de Dios tanto así que fue llevada Asunta al Cielo para estar junto al Padre y su Hijo Amado; razón por la cual siempre anunciamos que donde está Jesús está María, y viceversa.

A pesar de la claridad de la perpetua virginidad de María, los protestantes usando citas bíblicas fuera de su contexto y en forma aislada, siempre tratan de poner en tela de juicio este dogma o verdad indiscutible, diciendo que María tuvo más hijos. Al respecto conviene aclarar lo siguiente:

En ningún lugar de la Biblia se habla de otros hijos de María, salvo de Jesús; sin embargo si se menciona en varios textos sobre los hermanos de Jesús.

El término hermano en las lenguas semitas (arameo y hebreo) en que se escribieron la Biblia, se usa para toda clase de parentesco: primo, tío, sobrino, cuñado; también para señalar a los miembros de una misma tribu o pueblo, a los amigos, los aliados y al prójimo en general.

Los cuatro hermanos de Jesús que figuran en Marcos 6,3 : Santiago, José, Judas y Simón, la misma Biblia se encarga de aclarar quienes sus padres, y se trata de padres diferentes: Alfeo (Cleofás) y otra María, que es prima de la madre de Jesús (Jn 19,25).

Si quedara alguna duda, habría que agregar que Jesús era un fiel cumplidor de la Palabra de Dios, predicaba y cumplía el mandamiento de honrar a padre y madre, por esa razón en la Cruz al saber que su madre quedaba desprotegida en un acto de amor sublime la entregó a su discípulo Juan para que cuidase en adelante (Jn 19,25-27). Es lógico pensar que si Jesús hubiese tenido otros hermanos habría entregado a su madre a otra persona, simplemente no; porque María no tuvo otros hijos sólo a Jesús.

LA ALABANZA

“Dichoso el pueblo que sabe aclamarte, y avanza a la luz de tu faz, Señor” Sal 88,16

Alabar significa elogiar, reconocer los méritos, virtudes o cualidades de algo o alguien, expresar con palabras cosas que significan aprobación, como un acto de amor, sin interés. Es contrario a la adulación.

En nuestra vida diaria alabamos a nuestros padres, hijos, familiares, maestros, amigos, etc., cómo no hacerlo con Dios, en quien se contienen todos los méritos, cualidades, virtudes y valores, y si hemos “sido creados para alabanza de su gloria” (Ef 1,12). Vivir en alabanza es descubrir la belleza de la creación de Dios; es ir descubriendo la belleza y bondad ocultas, y descubriéndolas hacerlas aflorar y convertir un desierto en un jardín.

Al Señor se lo alaba directamente cuando lo exaltamos o expresamos admiración en la oración, y lo alabamos indirectamente cuando hablamos bien de Él o lo exaltamos delante de los demás; en ambos casos la alabanza será de fuente de bendición para nosotros.

FORMA DE LA ALABANZA

La alabanza debe ser extrovertida, con manifestaciones de júbilo, de alegría, y con cantos, expresiones orales, acompañamiento de instrumentos musicales y otras formas externas.

A Dios no se le alaba de una manera propia, el Señor quiere que se le alabe de manera genuina, incorporando las formas bíblicas de alabanza. Los Salmos nos revelan que el pueblo hebreo era expresivo en su alabanza y adoración a Dios.

MOMENTO DE LA ALABANZA

Alabamos a Dios no porque nos sentimos bien hoy, no porque estamos animados para alabar, ni porque estamos mirando la belleza de la creación; sino porque Él es Dios. Si estamos de buen o mal humor, si estamos de buena o mala salud, si estamos alegres o desalentados; alabamos a Dios por lo que Él es.

Dios es amor, bondad, perdón, principio y fin, omnipotente, grande, eterno, maravilloso, etc.

Se alaba a Dios cuando así lo queremos y también cuando no lo queremos.

La alabanza a Dios es todo tiempo (Sal 33,2); ahora y siempre. El mejor tiempo para alabar al Señor es ahora mismo, que tienes la oportunidad sea la mañana, tarde, o el amanecer.

Debemos alabar al Señor en todo tiempo; no importa la hora ni el día, siempre es conveniente bendecir al Señor porque es su voluntad que ofrezcamos acciones de gracias en cualquier situación en que nos encontremos.

LUGAR DE ALABANZA

Si se debe alabar a Dios en todo tiempo, también se le debe alabar en todo lugar. La Biblia aclaran que hay ciertos lugares en donde la alabanza al Señor es apropiada, así en el Sal 150,1 se recomienda alabarlo en su Santuario, y en los Sal 22; 26; 27; 69 hacerlo en comunidad en donde Dios se complace de manera especial.

Otro lugar donde conviene alabar al Creador es delante de todos los hombres y las naciones como nos señalan los Sal 40,3 y 95,3.

Dios desea que su alabanza se declare delante de los incrédulos y el mundo, para que oigan hablar de las proezas y lleguen a poner su confianza en Él.

ALABANZA A DIOS TRINO

Alabemos a Dios porque Él es nuestro Padre;

Creador del cielo y de la tierra;

porque es bueno, grande y compasivo;

y fuente eterna de la Misericordia.

Aclamemos al Hijo porque es el Rey de Reyes;

el Pan de Vida, la Luz y el Buen Pastor;

el Emmanuel : el Dios con nosotros;
la Roca fuerte y la Vida eterna.

Alabemos al Espíritu porque es el Abogado
Dador de Vida y Promesa del Padre;
el Agua Viva que se vierte a borbotones,
para ungirnos con gracias y carismas.

Alabemos al Dios Trino, hoy y siempre,
por todo eso, y más de mil razones;
levantemos nuestras manos y corazones,
y a viva voz digamos: ¡Gloria a ti mi Dios!

Amén

LA ORACIÓN

Santa Teresita de Jesús decía: "La oración dilata mi corazón y me une a Jesús. La oración es un impulso del corazón, una simple mirada dirigida al cielo, un grito de amor y de gratitud, tanto en medio de la tribulación como en medio de la alegría".

Los elementos descritos en esta oración los encontramos de manera exacta, en la enseñanza que Jesús nos da en Lc 18, 35-43, que nos relata el

milagro del ciego de Jericó. Se inicia la oración con una mirada al cielo, y el clamor o grito de auxilio del ciego, con insistencia o perseverancia, hasta ser escuchado y luego establecer el diálogo íntimo con el Señor:

-¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!

-¿Qué quieres que haga por ti?

-Señor haz que vea.

-Recobra la vista tu fe, te ha salvado.

Y culmina la oración con la acción de gracias con alegría, con alabanzas y dando testimonio del poder de Dios en medio de la comunidad.

Existen muchas formas de oración, sin embargo podemos clasificarlas en dos grandes grupos:

Según el número de orantes: personal y comunitaria.

Según la necesidad o propósito: alabanza y adoración, acción de gracias, petición, perdón, silencio o meditación, contemplación, intercesión, sanación y liberación.

ORACIÓN PERSONAL

Es la comunicación diaria que mantenemos con nuestro Señor, de manera individual, dándole a conocer nuestras necesidades y problemas, pidiendo luz para caminar seguros, fuerzas para continuar en el camino, sabiduría para conocerlo mejor. En ella debemos pedir perdón, alabar y darle gracias a Dios por todo.

Nuestro Maestro nos enseña con el ejemplo, esta forma de oración, como vemos en el testimonio de los evangelistas que relatan la comunicación íntima y permanente de Jesús con su Padre, que se da al anochecer, en la madrugada, en toda la noche; siempre en un lugar apartado.

Jesús nos recomienda en Mt 6,6 como debe ser la oración personal :

“ cuando reces, entra en tu pieza, cierra la puerta y ora a tu Padre que está allí, a solas contigo...”.

En la práctica de nuestra oración personal es recomendable seguir las siguientes pautas: Elegir un lugar y hora determinados para orar; pedir el auxilio del Espíritu Santo que nos dirija; leer y reflexionar la Palabra de Dios; y orar sin prisa, dándole un tiempo al Señor para que nos hable.

ORACIÓN COMUNITARIA

La oración comunitaria tiene un poder especial concedido por el mismo Jesús, cuando nos promete en **Mt 18, 19-20** : **“Yo les aseguro que si dos de ustedes se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos”**.

Jesús que está vivo, cumplió con esta promesa haciéndola realidad a partir de su resurrección, cuando estando reunidos los apóstoles a puerta cerrada Él aparece en medio de ellos, diciendo : “La paz esté con ustedes” (Jn 20, 19.26).

La oración en comunidad se enriquece y fortalece con diversas manifestaciones del Espíritu Santo con sus dones y carismas de profecía, oración en lenguas, visiones, palabra de conocimiento, y en ella se manifiestan el amor, la misericordia, el perdón, la paz, la alegría y sanaciones o liberaciones.

La oración comunitaria por excelencia es la celebración Eucarística. Ella nos une más a Dios, porque Jesús intercede ante el Padre por nosotros, ya que Él es el único intercesor entre Dios y los hombres; y el Espíritu Santo nos enseña, mueve e impulsa en la oración.

Abandónate cada día en los brazos de nuestra Madre María, que está llena del Espíritu Santo para que sea Ella quien te guie en tu comunicación personal e íntima con su Amado Hijo.

No olvides que la falta de oración debilita tu fe, disminuye el amor a tu Señor, te hace perder el interés de saborear la Palabra y Cuerpo de Dios, y al final puedes regresar al mundo de tinieblas y pecado en que vivías.

LA PROMESA DEL PADRE

Una promesa es el ofrecimiento o compromiso de dar algo o hacer algo por alguien. El hombre siempre hace promesas, a veces para quedar bien, otras para sobresalir o simplemente para sacar provecho; pero casi siempre incumple esos ofrecimientos o compromisos.

Existe una sola Persona en el mundo que siempre dice la Verdad y cumple sus promesas: Dios que todo lo puede y lo hace, lo que te promete siempre lo cumple. En la Biblia existen más de 5 000 promesas que Dios hizo a los hombres, muchísimas de ellas ya se cumplieron y otras están cumpliéndose, porque Dios que es nuestro Padre nunca miente, y nos asegura en Ez 12,25: “Porque yo, Yavé digo lo que tengo que decir y mis palabras se cumplirán”.

Dios desde la antigüedad, a través de sus Profetas Joel, Isaías y Ezequiel hizo una promesa a su pueblo Israel, que se la conoce como la Promesa del Padre. Revisemos y analicemos los textos bíblicos para conocer en que consiste esa promesa.

En Jl 3,1-5 Dios nos promete derramar su Espíritu sobre todas las personas, sin distinción, concederles dones, y lograr la salvación a través de dicho Espíritu.

Nuestro Padre, a través de Is 32,15 nos reitera que derramará su Espíritu sobre nosotros, como una fuerza que viene desde el cielo, que nos

transformará por completo. De tal manera, que sí nos parecemos a un desierto: esto es, si somos vacíos, estériles, secos, sin vida, inútiles; el Espíritu Santo nos convertirá en un vergel, jardín o huerto hermoso con abundantes frutos para compartir con los demás, y perfumadas flores que reflejen su creación y cuyo aroma llegue hasta el cielo, mediante nuestras alabanzas.

En Ez 36,26 el Señor nos dice que nos dará un corazón nuevo y pondrá dentro de nosotros un espíritu nuevo; que nos va a quitar ese corazón de piedra (duro, insensible, egoísta) que tenemos y en su reemplazo nos dará un corazón de carne (con vida, con sentimientos, lleno de amor, misericordia).

La Promesa de Padre consiste en el envío de su Santo Espíritu a todas las personas que le abran su corazón.

Esa promesa comunicada por los profetas citados, fue confirmada por Jesús antes de su muerte, cuando dijo a sus discípulos: **“les conviene que yo me vaya, porque mientras no me vaya, el Paráclito no vendrá a ustedes. Yo me voy, y es para enviárselo” Jn 16,7**, y después de su resurrección cuando se les apareció ordenándoles que no se alejaran de Jerusalén hasta recibir la Promesa del Padre, que Él les había predicado.

El corazón pecador del hombre sólo puede ser transformado por Dios, quien mediante su Espíritu actúa renovándolo interiormente, cambiándolo por uno parecido al de Jesús. El Espíritu no sólo permite testificar con poder que Jesús está vivo y resucitado, sino que activa y dirige el Cuerpo de Cristo su Iglesia, y mueve el corazón de los cristianos para vivir amando, sirviendo, alabando a Cristo a través de nuestros hermanos.

En He 2,1-4 comprobamos, que a pocos días de su resurrección, Jesucristo lleno del Espíritu Santo cumplió la promesa de Padre, en el día de Pentecostés enviando el torrente de su Espíritu sobre sus discípulos que estaban reunidos en oración con su madre María.

Después del “Bautismo en el Espíritu” que recibieron los discípulos, se transformaron en nuevas criaturas cambiando su corazón, afirmando su fe en

Jesús como centro de sus vidas, recibiendo sabiduría, entendimiento y poder para testificar y alabar a su Señor, y dando inicio al nacimiento de la Iglesia de Jesús.

El Espíritu Santo es una Persona Divina que junto al Padre y al Hijo constituyen la Santísima Trinidad (Lc 9, 34-35). Es el “Dador de Vida”, que nos hace participar en la vida trinitaria de Dios Amor (Rm 8,9b.14). Es un don o regalo que procede del amor mutuo y comunión perfecta del Padre y del Hijo; enviado por el Padre en el Nombre de Jesús (Jn 14,26). El Espíritu Santo es el amor de Dios derramado en nuestros corazones, sólo el que lo recibe puede acceder a la gracia divina .

La Promesa del Padre es el Espíritu Santo que como dádiva, don y gracia Dios nos concede por el infinito amor que nos tiene para reconocernos como sus hijos, ayudarnos en la oración, fortalecernos en la fe, colmarnos de dones y frutos de amor, paz, alegría, esperanza, hacernos perseverar en el Camino de Jesús, y hacernos testigos de su amor y misión..

El Espíritu Santo prometido por Dios y Jesús se empezó a hacer realidad desde Pentecostés, y continúa derramándose hasta ahora en todo aquel que cree en el Señor.

Esta promesa también es para ti, para mí y para todos, solamente necesitamos tener fe, creer y abrir nuestro corazón para recibirlo; es una de las experiencias más maravillosas que puedas vivir que cambiará tu corazón y tu vida para asemejarte a Jesucristo.

Clama con fe y esperanza : ¡Ven Espíritu Santo a transformar mi vida!, ¡Ven Espíritu Santo a llenarme de ti para hacer la voluntad del Padre!, y Él que es dadivoso y bueno te escuchará.

LOS GRANDES MALES

Dios nos creó y puso en la tierra para ser los administradores de todo lo que sus divinas y maravillosas manos habían hecho (Gn 1,28), y para compartir los bienes y los dones recibidos, viviendo no como seres individuales sino en comunidad.

Sin embargo, aquellos que no conocen los planes de Dios piensan que estamos en la tierra para competir tratando de arrasar a los demás para estar primero, y anidan en sus corazones los grandes males que los llevarán a su destrucción final: el egoísmo, la soberbia, la maldad, el odio, la mentira, la codicia, la ambición, la envidia (Rm 1,29-30).

El egoísmo y la soberbia fueron la causa del pecado original, porque el hombre al pensar solo en sí mismo y creyéndose autosuficiente y superior a su Creador le desobedeció rompiendo su relación con Él.

El padre del mal, el odio y la mentira es el demonio que ingresa en tu corazón para destruir las vidas, las honras, el honor de aquellas personas que no son de nuestro agrado u obstaculizan nuestros propósitos, yendo contra los mandamientos divinos de amar a Dios y al prójimo, y de levantar falsos testimonios o mentir.

La ambición es el deseo desmedido de querer tener más cada día, solo se busca acumular más y más para sí, sin compartir con los que necesitan, como el caso del hombre rico del granero, que se olvidó que cuando se nace no se trae nada, y cuando se muere tampoco se lleva nada (Lc 12,16-21).

La Palabra del Señor (1 Tm 6,9-10) nos advierte “que la raíz de todos los males es el amor al dinero”, y que los que quieren ser ricos caen en “tentaciones, trampas y ambiciones locas y dañinas que los pierden en la ruina”.

La envidia es otro de los grandes males del corazón, que consiste en los malos deseos guardados en el interior del hombre por los bienes materiales y espirituales de los que nos rodean, queremos tener lo mismo que los otros sin saber si nos conviene. Por este sentimiento Caín mató a su hermano Abel, y Josué fue vendido por sus hermanos.

Los crímenes y asesinatos que ocurren diariamente, y que conocemos a través de los medios de comunicación, tienen su origen en estos males que alberga nuestro corazón, producto del desconocimiento del amor de Dios.

Frente a ellos, que tienen enfermo a nuestro corazón y a nuestro cuerpo, existe un tratamiento eficaz: acercarse a Dios y él se acercará a nosotros (Stg 4,8); renunciar al pecado y aceptar a Jesús en nuestro corazón cómo el único Señor y Salvador de nuestras vidas.

Jesús que es el médico de cuerpo y de almas, y su Palabra que es medicina sanarán todas nuestras dolencias y llegará la felicidad, entendida como un reflejo de la alegría de Dios en nuestros corazones.

Abre las puertas de tu corazón a Jesucristo, y déjalo reinar en él, para que la paz y armonía se establezca contigo en tu hogar.

EL AMOR CRISTIANO

Dios es la fuente del Amor perfecto (1 Jn 4,16-17) de donde fluyen: la misericordia, la compasión, la paz, la bondad, la ternura.

Jesucristo el Hijo de Dios, teniendo un mismo origen divino también es fuente del Amor, pues lo predicó y lo dio abundantemente a la humanidad, ofreciendo por su salvación hasta la última gota de su preciosa sangre en la cruz.

Nuestro Señor ante los 613 mandamientos u ordenanzas de Dios que figuran en el Antiguo Testamento, quiso simplificar y facilitar su cumplimiento enunciándolo en uno solo: el Amor a Dios, y al prójimo, con una sola medida en la cantidad, forma e intensidad como el que Cristo nos amó a nosotros : **“Améense los unos a los otros como Yo los he amado, y serán reconocidos como mis discípulos” (Jn 13,34-35).**

El amor cristiano todo lo puede, lo cree, lo perdona, lo disculpa, lo acepta, lo consiente, lo comprende, lo resiste...(1 Co 13,4-8)porque implica darse totalmente a los demás, aún la vida por lo que se ama como nos enseñó nuestro Padre al dar a su Hijo, y Jesucristo al entregarse a la muerte por nosotros.

El amor es la base o fundamento del cristiano que nos compromete a vivir agradando diariamente a nuestro Señor en un camino a la conversión y a la santidad, haciendo su voluntad, participando de sus sacramentos, leyendo su Palabra , y poniendo en práctica las obras de la misericordia con nuestro prójimo.

La Beata Teresa de Calcuta, uno de los ejemplos más visible del amor cristiano nos decía: que el verdadero amor es aquel que duele, esto es, aquello que más nos hace sentir en nuestro ser, en nuestro corazón, en nuestra vida. Cuando nos desprendemos de lo que más amamos o necesitamos para dárselo con pureza de intención a los demás, allí está el amor.

Nuestro Señor nos adelantó que en el día del juicio final, sólo seríamos juzgados por la cantidad de amor que hemos dado a nuestro prójimo, como nos presenta en Mt 25, 31-46.

Si amas de verdad a Dios, ama y perdona a tu hermano; ora por tus enemigos y perseguidores; vive haciendo el bien y sirviendo a los demás, en un ambiente de paz y alegría, guiado por el Espíritu Santo en tu corazón.

Si vives el amor de Dios, se cumplirá en ti la promesa de Jesús: que Él y el Padre vendrán a morar en tu corazón.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA

Las obras de misericordia son las acciones caritativas a través de las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales.

La palabra misericordia proviene de los vocablos **miser** = miseria y de **cordia** = corazón; es sentir compasión por las miserias y necesidades de los demás, y producto de esa compasión, ayudarlos o auxiliarlos.

En diversos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento encontramos las enseñanzas de nuestro Señor sobre las obras de misericordia entendidas como el amor al prójimo como vemos en Is 58,6-8; Mt 5,7: Mt 25,35-40; Lc 10,25-37; etc.

Las obras de misericordia corporales comprenden: Dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, dar posada al peregrino, visitar y cuidar a los enfermos, visitar a los presos y enterrar a los muertos.

Es a través de la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-35), que Jesús nos enseña que el primer deber del cristiano es amar a Dios y al prójimo; que debemos actuar como el samaritano “Vete y haz tú lo mismo”, siendo compasivos con los hambrientos, los sedientos, los necesitados, los enfermos, los cautivos, pues en cada uno de ellos está presente el cuerpo doliente de Cristo; y nos promete que quien actúa como dispone el Señor vivirá para la vida eterna. El samaritano encuentra al hombre desnudo y lo

viste; sediento y le da de beber; herido y cura sus heridas; abandonado y lo lleva a una posada, donde se compromete a pagar lo que falte hasta su curación; a pesar de ser un desconocido.

Nuestra Santa limeña Rosa decía : “Cuando servimos a los pobres y a los enfermos servimos a Jesús”, lo cual es confirmado por nuestro Señor cuando dijo que todo aquello que hagamos o dejemos de hacer por los más pequeños se lo hacemos a Él.

Las obras de misericordia espirituales son : Dar buen consejo al que lo necesita , enseñar al que no sabe, corregir al que se equivoca, consolar al afligido, perdonar al que nos ofende y sufrir los defectos del prójimo.

En cada una de estas acciones debe prevalecer el amor que Jesús ha depositado en nuestro corazón, para que el consejo o la enseñanza nos una más a Dios, para que la corrección y el perdón tenga el amor fraternal, para que el consuelo que llevemos a los afligidos sea sincero, y sepamos ser pacientes y tolerantes con nuestro prójimo.

La vida eterna que nos ofrece nuestro Señor la alcanzaremos poniendo en práctica las obras de misericordia, no solo por cumplir o quedar bien, sino guiados por el amor porque llevamos en nuestro corazón el sello del Espíritu Santo que nos hace reconocer que somos hijos de Dios, hermanos de Cristo y de todos los hombres.

Ten presente que Dios nos dotó de cuerpo y alma. El cuerpo como es materia termina con la muerte, mientras el alma que es inmortal será destinada al cielo o el infierno, según el amor que hayamos dado durante el transcurso de nuestra vida.

LA FE Y LAS OBRAS

La fe es un don divino, es una virtud que nos capacita para reconocer que es Dios quien nos habla a través de la Biblia; que es la Carne y Sangre de Jesús las que están presentes en las especies de pan y vino consagrados; y creer dando por ciertas las enseñanzas y promesas que nos hace Dios. Mediante la fe se inicia nuestra relación con nuestro Señor.

En diversos pasajes de la Biblia encontramos muchos personajes llenos de fe, sin embargo es a Abrahán al que se le reconoce como el padre de la fe, como veremos luego de reflexionar Gn 12,1-4a: “Yavé dijo a Abram: “Deja tu país, a los de tu raza y la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te mostraré. Haré de ti una gran nación y te bendeciré; voy a engrandecer tu nombre, y tú serás una bendición. Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. En ti serán benditas todas las razas de la tierra. Partió Abram, tal como se lo había dicho Yavé, y Lot se fue también con él”.

El Señor a través de Abrahán, nos enseña cuales son los requisitos que debe tener el verdadero creyente :

Disposición para escuchar a Dios : Es preparar nuestro cuerpo, alma y espíritu para poder escuchar lo que Dios nos dice mediante su Palabra, los acontecimientos diarios y lo que sucede a nuestro alrededor. Si estamos inquietos, preocupados, apurados no vamos a poder escucharlo.

Abrahán escuchó a Dios por que estaba dispuesto, y no había nada que lo interrumpiera.

Creer y confiar plenamente en Dios : Es tener la certeza que Dios no miente porque Él es la Verdad, y que su Palabra siempre se cumple. Es esperar seguros que llegaremos a alcanzar lo que deseamos, aunque no lo veamos, por el momento.

Abrahán creyó en todo cuanto Dios le prometía, por eso es que se le reconoce como justo y padre de la fe, nunca tuvo duda que alcanzaría lo que Dios que había prometido.

Hacer la voluntad de Dios: Los hijos de Dios son los que lo escuchan y ponen en práctica su Palabra, y hacen su voluntad, porque Dios quiere lo mejor para nosotros. Jesús nos dice que el escucha la Palabra y la pone en práctica es como el sabio que construye su casa sobre la Roca, y que ésta se mantendrá firme a pesar de los vientos, tempestades e inundaciones.

Abrahán escuchó a Dios encaminándose a la tierra prometida, sin poner ninguna disculpa, a pesar de su avanzada edad (75 años), y que además tenía que dejar su familia y sus posesiones. Así se convierte en el peregrino de la fe que tuvo el valor de arriesgarse para seguir caminos desconocidos.

Romper las ataduras : Significa liberarnos de todo aquello que nos impide escuchar a Dios, creer y tener confianza en Él, o hacer su voluntad, como son: La familia, las posesiones, los apegos, los hábitos, el trabajo, la comodidad, la vida social, el temor, etc.

Abrahán escuchó a Dios y creyó en su Palabra, aunque para ello tuvo que abandonar su país, su familia, sus propiedades, su comodidad y la tranquilidad de su hogar.

No solo es necesario creer y tener fe sino también hacer obras, como nos enseña Santiago en 2,14-23, porque si la fe no produce obras, ésta muere sola.

Si crees en Dios, pero no pones en práctica sus mandamientos y las obras de misericordia que Jesús nos enseñó de nada servirá tu fe, en el día del juicio el Señor te dirá : “¡No te conozco!”.

No solo basta creer en Dios, porque eso también lo creen los demonios. Hay que creer y hacer; hay que confiar y obrar.

La fe del creyente se manifiesta en el amor, y el amor se manifiesta en el servicio, y con el servicio alcanzarás la alegría de ofrecer a la comunidad los frutos que el Espíritu Santo te ha concedido.

La fe es un don especial que Dios concede al que se lo pide, como nos decía Jesús: ¡Pidan y se les dará! ¡Busquen y hallarán! . Entonces puedes orar : ¡Señor Jesús dame fe para creer en ti!, ¡Dios mío aumenta mi fe!

INDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN	2
CONOCE MÁS A JESÚS	4
El Amigo Incondicional	5
El Camino al Padre	6
La Luz del Mundo	7
El Milagro de la Eucaristía	8
Todo lo puedo en Él	10
La Unión con Jesús	12
Los amigos del Novio	13
Los discípulos de Jesús	15
Jesús nos llama	17
Los hijos de Dios	18
La Palabra de Dios	20
FORTALECE TU FE, AMOR Y ESPERANZA	22
El celo por el Evangelio	23
El que escucha la Palabra	24
La obediencia a Dios	25

La Perpetua Virginitad de María	26
La Alabanza	28
La Oración	31
La Promesa del Padre	34
Los grandes males	37
El amor cristiano	38
Las obras de misericordia	40
La fe y las obras	42
INDICE	45